

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

437

3. Fiestas del Señor

Conveniencias por las que Jesús eligió la cueva de Belén para su nacimiento

Entresacado del libro

*«Elevaciones sobre la vida y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo»,
de Monseñor Charles Gay: **Elevación 14.***

Que María tuviese que dejar Nazaret para ir a Belén, en los días en que se acercaba para Ella el momento de dar a luz, no era ni una sorpresa para su mente ni una dolorosa preocupación para su corazón. Imposible era que la turbación asomara siquiera en su alma, no sólo por su confianza inquebrantable en la santa Providencia y por su perfecto abandono a todos los beneplácitos de Dios, sino porque también sabía por los Profetas dónde debía nacer ese Mesías al que llevaba en su seno.

Si los mismos sacerdotes de Jerusalén, que no tardarían en ser interrogados por Herodes, sabrían responder sin la menor vacilación que Belén de Judá era el lugar señalado por Dios para este bendito nacimiento (Mt. 2 5), ¡cuánto más la Madre del Salvador tendría un conocimiento explícito y cierto de ello!

Pero que, llegando a Belén, todas las casas estuvieran llenas, y, por necesidad o mala voluntad, no hubiese alojamiento para los sagrados viajeros, debió ser una prueba muy sensible para la fe y ternura de María: *para su fe*, porque era una contradicción aparente a la letra de la profecía; *para su ternura*, porque si hay en los corazones de las madres un sentimiento vivo e imperioso, es justamente el deseo de asegurarle una bienvenida dulce, fácil y adecuada al niño al que esperan, como fehacientemente lo demuestran ellas con todos sus conmovedores preparativos para un nacimiento.

¿Qué pasaría con Jesús? ¿Dónde lo daría a luz? Pienso que, bajo la dolorosa presión de este pensamiento, el alma de María se sumergió por completo en ese océano de sabiduría y poder que descansaba vivo bajo su corazón; y que anegada, por así decir, en este abismo, donde ya no hay sombra, ni aprieto, ni duda, mantuvo una paz inalterable y no interrumpió, ni por el tiempo de exhalar un suspiro, el canto interior de amor abandonado que todo su ser cantaba a Dios. El alma santa de Jesús debió quedar encantada de ello. María iba *«sin saber a dónde»* (Heb. 11 8); como Abraham, y más santamente que él, le decía: *«Deus pro-*

videbit: Dios proveerá» (Gen. 22 8). José, apacible también, debió lamentarlo más que Ella, sobre todo porque a él le incumbía el dulce encargo de ser la providencia visible de su Esposa y darle refugio. Terminó encontrando uno, fuera de la ciudad, en una cueva abierta que durante la noche servía de establo público para los animales.

1º Luz que la Virgen recibe sobre las conveniencias del nacimiento de Jesús en la cueva de Belén.

¿Fue al entrar en esta cueva, o sólo al nacer Jesús, cuando María entendió completamente los adorables misterios del lugar elegido por Dios para nacer a su vida temporal? No sabría yo adivinarlo, aunque me inclino a creer que Ella lo vio todo desde el principio. Sea como fuere, cuanto más densas habían sido las sombras de su prueba, más radiosa debió ser luego su iluminación; y como desde un principio Ella se había abandonado tan enteramente a los caminos desconocidos por los que Dios la hacía transitar, ahora que estos caminos los hallaba divinamente iluminados, Ella los contempló en su corazón con admiración, adoración, acción de gracias y toda clase de júbilos indescriptibles. En efecto, en esta elección de una morada tan extraordinaria, ella descubrió infinitos tesoros de dignidad, sabiduría y bondad, en los que veía como un despliegue luminoso de todos los atributos divinos, y un tributo de magnífico honor que Dios se rendía a Sí mismo.

Lo cierto es que era sumamente conveniente que un Dios, al dignarse nacer en esta tierra, no se presentara exactamente como los demás hijos de los hombres, sino que las sorprendentes peculiaridades de su nacimiento revelaran al menos algo de la excelencia de su naturaleza y de la sublimidad de su condición. Las más elevadas y elocuentes de estas peculiaridades, a decir verdad, eran interiores; pero como Jesús venía a la tierra «para dar testimonio de la verdad» (Jn. 18 37), y «aparecía para instruirnos» (Tit. 2 11), era preciso que al menos algunas de estas señales reveladoras se manifestaran por fuera. María vio tanto las unas como las otras; y si, como era justo, adoró sobre todo las primeras, que son las ocultas, no dejó por ello de honrar y alabar las segundas, quiero decir las sensibles, que son las que nuestra débil mente percibe más fácilmente.

2º Diversas conveniencias del nacimiento de Jesús en la cueva de Belén.

1º Ese Niño al que iba a dar a luz es la inmensidad en persona; es Aquel a quien «la tierra y los cielos no pueden contener» (III Rey. 8 27), sino que, al contrario, contiene todo lo que existe, y confiere a todos los seres su orden, peso y medida (Sab. 11 21). Y así, era muy natural para El nacer fuera de todo recinto cerrado, como lo hubiese sido el de una casa o el de una ciudad rodeada de murallas.

2º Ese Hijo al que María llevaba en su seno es el Ser que precede a todas las cosas y lo hizo todo de la nada; el Ser, por consiguiente, cuyas obras son simples, originales, primitivas y de tal condición que, por hermosas, sabias y logradas que

sean, no se advierte en ellas la menor industria artificial o laboriosa. Desde entonces era conveniente que eligiera, como primera morada humana suya, no un edificio levantado por mano de hombre, sino un lugar al que El, y sólo El, habían dado existencia y forma, un lugar puramente natural que datara desde la creación.

3° Jesús es, además, el ser y el don universales: El viene positivamente para todos, sin ninguna acepción de personas. Parecía muy apropiado, desde entonces, que naciera en un lugar abierto, a cuyo acceso no hubiera barreras, y al cual todos pudieran ir y venir sin ningún tipo de estorbo. El seno del Padre, en el que El mora desde siempre, es de suyo un lugar patente. *«El cielo –decía muy acertadamente Santa Catalina de Génova– es una ciudad sin puertas»*. No todos, por desgracia, desean entrar en él, ya que sólo lo desean quienes están en condiciones de quedarse; pero todo el mundo está en condiciones de desearlo, y quien al fin así lo quiere, allí se establece. Por lo que a Dios se refiere, lejos El de repeler a sus criaturas, su amor sigue llamándolas incesantemente. El no condena a nadie; uno mismo es el que se condena: *«¡Tu pérdida es tu propia obra, oh Israel!»*, dice por su profeta (Os. 13 9); y en otra parte: *«Por su propia malicia será expulsado el impío»* (Prov. 14 32). Por eso, entre Jesús y nosotros, todos los pasajes han de quedar libres. El quiere darse, comunicarse, difundirse. Si entre El y nosotros se levantan diques y muros, somos nosotros quienes los construimos.

4° Además, el Hijo de María es el amor; su expresa voluntad es que lo sepamos tan pronto como El comienza a vivir en la tierra; y la manera misma como El se presenta a nosotros ha de ser el signo y argumento de ello. Su natividad es el anuncio, el principio y el preludio de ese otro nacimiento maravilloso que lo hará presente en todos los lugares y en todos los tiempos, y lo entregará a sus hermanos como alimento. Es necesario, por lo tanto, que su natividad histórica haga presagiar la Eucaristía, que la represente y, por así decirlo, la prepare. Es preciso, por ende, que le tome prestados algunos de sus prodigiosos distintivos. Ahora bien, este establo, que nada cierra, y este pesebre, que no es más que un comedero de animales, son una prenda y un primer esbozo de esos lugares públicos y mesas sagradas en los que todo el género humano vendrá sucesivamente a participar en el divino convite. Ya es sabido que, en hebreo, Belén significa *«casa de pan»*.

5° Otro aspecto más: Jesús es la opulencia infinita; todo lo saca de su propio haber, y puede siempre, sin ser ayudado por nadie, satisfacer aun a las necesidades a las que El ha reducido su humanidad por amor a nosotros. Por eso mismo, era natural que estuviera totalmente desprovisto de todos esos bienes externos que son el soporte indispensable y usual de toda vida humana ordinaria; y que, por ejemplo, careciera de cuna, de hogar, de luz, de entorno familiar, de recursos, de fortuna de cualquier tipo, y se viera privado incluso de esa pobre solvencia de obrero que habría encontrado en Nazaret en la humilde morada de José. Su Padre celestial, con quien es uno (Jn. 10 30), le basta por dentro, y su Madre le basta por fuera. Esta pobreza absoluta del Niño se convierte así para María en un insigne honor; porque nacer desprovisto de todo hasta ese punto, significa también que lo encuentra todo en su Madre. En efecto, ¿qué es lo que El necesita? Ante todo,

ser conocido, reconocido, comprendido, adorado; pues bien, María satisface esta necesidad más y mejor que el ejército entero de los ángeles. El necesita ser amado; pues bien, después de su Padre del cielo, nadie lo ama ni lo amará nunca como su Madre. El necesita ser acompañado; pues bien, en toda la creación no podría encontrar una compañía a la vez más digna y más dulce que la de esta Virgen. Lo que el Padre es para la divinidad de Jesús, María lo es para su santa humanidad. Así como, en el orden eterno, Jesús vive de la vida que incesantemente recibe de su Padre, así también, en el orden del tiempo, tiene una sola vida recibida, que su Madre debe mantener bajo pena de perecer; pues, por muy real que sea el poder que posee en propio, y con el que podría remediar enseguida sus necesidades humanas, no quiere en esto gozar de ningún privilegio, y se resigna por principio a la condición común de todo hijo de Adán. El hará milagros, pero no vivirá de milagros. Ahora bien, en el orden de esta vida terrena, al menos en sus comienzos, María, verdadera y manifiestamente, lo es todo para El. Los brazos de la Inmaculada serán su lecho; su seno le servirá de hogar, y sus ojos de antorcha; sus pechos proporcionarán su alimento; sus manos lo envolverán en pañales; sus pies lo llevarán donde quiera que deba estar. ¿Qué más necesita? Nada, y se encuentra así tan ricamente provisto, que El, que es la Sabiduría misma y no tolera nada innecesario, rechaza todo lo demás.

6º Añado que Jesús es la santidad, y uno de los propósitos de su encarnación es, como lo dijeron los Profetas, «*destruir el pecado y abolir el mal*» (Dan. 9 24). ¿Qué podría ser mejor, entonces, que cortarlo de inmediato y aun arrancar sus raíces por completo? Esto mismo es lo que hace el divino Niño abrazando desde el principio la pobreza, la abyección y el sufrimiento; pues eso equivale prácticamente a juzgar y condenar, a vencer y excluir en principio esa triple concupiscencia de la codicia, de la carne y del orgullo, de la que procede toda iniquidad.

7º Finalmente, Jesús viene entre nosotros para proponer el ejemplo, promulgar la ley y merecernos la gracia de esta santidad, que constituye su propia esencia y estado. Por eso cumple sin demora este divino y saludable mandato. El es el Verbo; tan pronto como aparece, habla, y habla como nadie antes que El había hablado. De lo que su santo nacimiento nos revela y predica sobre este punto de la pobreza, la humildad y la mortificación, la antigüedad, aun la mejor, no había dicho apenas una palabra.

Conclusión.

Al reunir estos diversos puntos de vista, podemos vislumbrar tal vez una chispa de la armonía divina que la Santísima Virgen percibió en su alma, cuando, rechazada de todas partes por los betlemitas, salió de la ciudad y vino, guiada por José, a refugiarse bajo esta vieja roca, más de cuarenta veces secular.